

“YO”, EN CRISTO RESUCITADO

PRESENTADO
POR
JOSÉ BARRIUSO

MADRID
1976

ALMA DE “BUENA VOLUNTAD”, A TI,
QUE VAS EN BUSCA DE LA FELICIDAD.

LA EXPERIENCIA DE JOSEFINA EN AVILA

“Madrid, España: 13 de abril de 1965. El día diez de abril me encontraba en la por voluntad del Señor. La noche de ese día, sábado para amanecer el domingo de las palmas, me encontraba muy cansada por haber hecho un largo viaje y me fui a la cama temprano, antes de las nueve. A las dos de la mañana desperté invadida por la luz del Señor. En esa luz tuve una clara comprensión del camino de las almas desde que vienen a este mundo, su sed de felicidad y los peligros a que se exponen buscando esa felicidad donde no está. Aunque hacía un poco de frío y me daba pereza levantarme para escribir lo que comprendí, no pude permanecer acostada y tuve que escribir (eso que escribí fueron los versos o estrofas del camino del alma que aparecen en el libro “YO”, en Cristo Resucitado”). Entre la comprensión que tuve y la escritura habían pasado casi dos horas, pues el amor de Dios me invadía hasta los poros de mi cuerpo y mi alma toda, y no podía más que en cada comprensión hacer oración de gracias y alabanza a su infinita bondad. “Cuando pensé que había terminado y me disponía a dormir, sentí la presencia de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, ésta no era una presencia corporal que yo mirara con los ojos del cuerpo. Era una presencia espiritual, pero muy real y yo la percibía con el alma, si se puede decir así. Me dijeron, creo que fue San Juan de la Cruz: ‘Es Voluntad de Dios que escribas lo que has comprendido’. (Se trataba de la explicación de los versos que había escrito.) Esto tampoco fue una voz que yo percibiera con los oídos, era más bien una comprensión de adentro. Comprendí que él se refería a la declaración de los versos o estrofas que había escrito bajo la luz del Señor y que debía escribir también la declaración de ellos como la había comprendido (lo cual hice desde ese día y terminé el domingo de resurrección).”

LAS TRECE ESTROFAS

I

*Alma de “buena voluntad”, que vas con gemidos
buscando por otros caminos
la felicidad que has dejado en tu Creador
¿por qué te empeñas en “caminar” por ti misma
sin conocer el camino y, los peligros que has de encontrar?
Ciega vas, no sabes que es el Infinito tu felicidad,
que tú eres “nada” y por ti misma no puedes llegar!*

II

*Dios tiene un “Vehículo”
que a tu disposición está,
que es el Espíritu de Verdad
y sólo él te puede llevar.
Es él Océano infinito
a quien jamás agotarás.*

III

*Déjate atraer, zambúllete en él,
pierde jando, ama el bien y la verdad,
confía, y no pienses nada más,
que él mismo te conducirá.
Fe, amor y confianza, eso bastará.*

IV

*No trates de conocerle juzgando su proceder,
porque nunca acertarás.*

*Un día será como viento impetuoso
que como hojita seca te echará a volar.*

V

*Otro día como Águila divina,
del cuello te tomará en su pico
y te llevará por el desierto
donde ningún consuelo podrás hallar
y muchas tentaciones te vendrán.*

VI

*No mires el “desierto”
y en las tentaciones sé fiel a tu Dios.
Ama y confía, aunque tengas caídas.
Piensa en Aquél que te lleva
y él mismo te levantará.
Ese es el camino y por él has de llegar.*

VI

*Si dentro del vientre de una ballena,
como Jonás, te sientes alguna vez,
no dudes que ese también es él,*

*que sumergido en el mar
te pasa a la orilla, escondida en su seno,
para que las fieras no te puedan tocar.*

VIII

*Si un día té sientes como piedra dura y fría,
que no puedes amar,
él es la Roca, y te lleva en sus entrañas
para que no te roce la tempestad,
sigue confiada, que ese es el camino
y por otro nunca llegarás.*

IX

*Si llegas a sentir que arden tus pasiones
cual hoguera que no puedes apagar,
él es el juego que te quiere purificar.
Únete a la Hostia Inmaculada,
ofréctete como víctima que se inmola
en el altar del sacrificio,
porque te vas acercando a tu Creador.
Cuanto más puro sea el deseo de ofrecerte,
más pronto llegará a Él el holocausto.
No dudes que ése es el camino
y estás más cerca que ayer.*

X

*Si después de sufrir un poco
te sientes invadida por un sublime gozo,
no dudes que él es tu reposo
y te invita a descansar.
Ama, goza, pero no te apegues al gozo
porque todavía te falta un trecho largo que andar
donde espigas y arideces no te faltarán.*

XI

*Ahora tu Guía se empieza a descubrir;
te ha dado a gustar su gozo,
pero no está en el “gozo” tu reposo,
sino en Aquel a quien te lleva.
Si te quedas en el gusto del gozo
no olvides que perderás el “reposo”,
te invita a seguir, eres libre de seguirle o no.*

XII

*El hacia la Cruz te conduce,
pero tú misma la has de elegir,
pues esa Cruz es “muerte” y “Vida”,
Vida de Dios, que con la muerte del “yo” irás adquiriendo.
Si te decides a entrar en la Cruz,
a “morir” debes decidirte también*

*y esto libremente se ha de hacer;
tu vida por la Vida de El,
como El por ti dio su vida
para darte la Vida.*

XIII

*Si eliges la Cruz, déjate clavar en ella:
“Mi comida es hacer la Voluntad de Aquel que me envió”.
No pruebes otra “comida”,
porque sólo en ella tu fortaleza
para aceptar la “muerte” que te dará una nueva vida.
Entonces conocerás a Aquél que fue tu camino,
porque tú en El serás movida
y vivirás en comunión perfecta con el Padre y el Hijo
en su mismo Espíritu, ese Vehículo que fue tu Guía.*

DECLARACIÓN

PRIMERA ESTROFA

*Alma de “buena voluntad”, que vas con gemidos
buscando por otros caminos
la felicidad que has dejado en tu Creador
¿por qué te empeñas en “caminar” por ti misma
sin conocer el camino
y los peligros que has de encontrar?
Ciega vas, no sabes que es el Infinito tu felicidad,
que tú eres “nada” y por ti misma no puedes llegar!*

El alma perdió la felicidad cuando perdió la luz, la noción de Dios y de su “nada”. Inconciencia afirmada por el pecado original, el espíritu de tinieblas que el hombre aceptó al desobedecer a su Creador aceptando la tentación: “Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal”. Cuando decimos “alma de buena voluntad, que vas con gemidos”, nos referimos al ser humano, descendencia de Adán, que lleva en si mismo la Naturaleza Divina en su naturaleza humana caída. Esa realidad divina gime con clamores suplicantes porque ella tiende al Ser que es su Ser, pero el ser humano tiende a la inconciencia del “no-ser”, y de este modo arrastra consigo a esa Realidad Divina que está unida substancialmente a su naturaleza humana. Por eso se dice “buscando por otros caminos la felicidad que has dejado en tu Creador”, porque la naturaleza humana y la Naturaleza Divina forman una unidad

inseparable desde el momento en que el Unigénito, que es la Naturaleza Divina, tomó a la Naturaleza Humana en Adán, y el ser humano, debido al pecado original, desde Adán, al obedecer a la criatura. y desobedeciendo a la Voluntad de Dios, está naturalmente orientado a lo humano (la criatura) y no a lo Divino (el Creador), y al sentir en sí mismo los “gemidos” de su Alma busca la felicidad donde no está, en los apetitos humanos, subyugando de este modo su Naturaleza Divina a la inconciencia en que está sumida su naturaleza humana, bajo el dominio del tentador a quien obedeció.

Creyéndose conocedora del bien y del mal, orgullo inoculado por el tentador, el alma busca la felicidad donde le parece que está. El “enemigo-tentador” insinúa, ella acepta: está en el amor, la verdad, la justicia, la pureza o la libertad, etc., etc. En su empeño por ser feliz se propone conseguir a toda costa aquella realidad en la cual espera encontrar la felicidad. Pero cuando se cree en posesión de una de esas “realidades” se da cuenta de que le falta otra para ser feliz. Así sigue su loca carrera, tropezando con dificultades cada vez mayores, que la llevan a veces a la desesperación.

La llevan a la desesperación, porque ese es el objetivo del “tentador” al sugerir, no una mentira, sino una parte de la verdad: la felicidad está en el amor, la verdad, la justicia, la pureza o la libertad. La verdad es que todas estas realidades están en Dios y en El está la felicidad.

El “espíritu del mal” aprovecha esa búsqueda para alimentar el orgullo y el egoísmo, ¡la soberbia! Y el hombre en lugar de acercarse a su objetivo: la felicidad, que está en Dios, se va alejando de El por el pecado. Persigue el amor y cae en la lujuria, la verdad y cae en la irascibilidad, la justicia y cae en la crueldad, la pureza y cae en el escrúpulo y el puritanismo, la libertad y cae en la esclavitud de sus pasiones desordenadas.

El alma (ser humano) está ciega bajo la sombra de esa participación del “espíritu de las tinieblas”, por eso no “conoce” su i Realidad Divina, Dios, su Ser, ni “reconoce” la propia impotencia, su “nada”.

Y no crea nadie que, porque tenga por estudios conocimientos de Dios y del alma, no está ciego y ya “conoce”. Ese “conocimiento” que abre los “ojos del alma” y da la luz no entra de “afuera”, sino que brota de, “adentro”, como consecuencia de una vida recta, dirigida por la conciencia, como se aclarará más adelante.

Cuanto más segura está el alma de sus conocimientos, más densas son las tinieblas que la cubren, más ciega está.

A medida de que el ser humano se va purificando del egoísmo va “abriendo los ojos”, entrando en él la luz, se va dando cuenta de que menos “conoce”; y cuando se identifica con la luz, conoce que no “conoce”, se da cuenta de que nada sabe, entonces “conoce” lo que él es: “nada”. Y de esto dice San Juan de la Cruz:

“El que allí llega de vero de sí mismo desfallece; cuanto sabía primero, mucho bajo le parece; y su ciencia tanto crece, que se queda no sabiendo toda ciencia trascendiendo.”

El alma de luz (el ser humano iluminado por la luz Divina) no juzga nunca definitivamente del bien y del mal, ni del proceder de otras almas, porque sabe que la línea que separa el bien del mal sólo Dios la ve, y el ser humano de acuerdo a su rectitud e intención, es juzgado por El. Lo más que puede hacer es formarse una simple opinión en un sentido general.

II

*Dios tiene un “Vehículo”
que a tu disposición está,
que es el Espíritu de Verdad
y sólo él te puede llevar.
Es él Océano infinito
a quien jamás agotarás.*

Dios tiene un “Vehículo” para conducir al alma (ser humano) en su retorno a esa felicidad perdida. Y es esa participación del Espíritu de Verdad, “espíritu de luz”, el Bien, que, juntamente con aquella participación del “espíritu del error”, “espíritu de tinieblas”, el Mal, recibimos al nacer, por justicia divina, después del pecado original: “*Tú les diste tu buen espíritu, para enseñarlos. ..*” (Neh. 9, 20). Por su infinita justicia y bondad, ya que el ser humano está bajo los velos de la *inconciencia*, Dios pone en el alma ese “Vehículo” a su disposición, el cual es el “espíritu de luz” que la conducirá a El, así como el “espíritu de tinieblas” puso el suyo para atraerla a sí por Permiso de Dios, debido a la aceptación del hombre en el Paraíso. De la libertad del alma depende tomar uno u otro.

Es él Océano infinito a quien jamás agotarás; ese “espíritu de Luz” actúa en identificación con el Espíritu Santo, es el mismo espíritu de Jesús, ¡Océano inagotable! Por eso la puede conducir a su Creador, siguiendo el- ser humano ese impulso, “fuerza” o “voz” del “Bien”, que se manifiesta por medio de su conciencia: “Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas.” (Lc. 3, 4).

III

*Déjate atraer, zambúllete en él,
pierde jando, ama el bien y la verdad,
confía, y no pienses nada más,
que él mismo te conducirá.
Fe, amor y confianza, eso bastará.*

El alma se deja atraer por el “espíritu del bien” obedeciendo a la voz de su conciencia.

Se zambulle en él y pierde fondo cuando no razona buscando la “conveniencia”, sino que, amando la verdad y el bien sigue la voz de su conciencia, confía en ella y no piensa nada más. “Todo lo que no es según conciencia es pecado”, dice la carta a los Romanos (Rom. 14, 23).

No piensa si aquello que hace le saldrá mejor, peor o mal; la hará feliz o la hará sufrir. Entonces le mueve el “espíritu de luz” y le empieza a conducir con seguridad a la regeneración, sacándole de las tinieblas, porque a medida que ella, el alma, es fiel a su conciencia va recibiendo más luz, fortaleciendo la acción del “espíritu del bien” y debilitando la acción del “espíritu del mal”, las tinieblas: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida.” (Jn. 8, 12).

Ese y no otro es el “seguimiento” a que se refiere el Señor, es ése el que da al alma humana “luz de vida”.

Y bien dice Santa Teresa en aquellos versos del alma buscando a Dios:

*“Y si acaso no supieres
dónde me hallarás a Mí,*

*no andes de aquí para al
sino, si hallarme quisieres a Mí
buscarme has en ti.”*

IV

*No trates de conocerle
juzgando su proceder,
porque nunca acertarás.*

*Un día será como viento impetuoso
que como hojita seca te echará a volar.*

No trate el alma de juzgar el proceder del “espíritu” que la mueve a través de su conciencia, porque jamás acertará.

Aquello que hizo a impulsos de la “voz” le salió mal, no importa. Lo importante debe ser la fidelidad al “Bien” y a la “Verdad” y así lo vio en aquel momento. Piense que así convenía para su bien y siga confiando en esa voz de su conciencia. Lo contrario, obrar por “conveniencia”, es dejar el “Vehículo del bien” para tomar el “vehículo del Mal”.

Un día será como viento impetuoso que como hojita seca te echará a volar: La impulsa aquella voz a grandes cosas, no importa cuáles sean si para el alma es “voz de conciencia”, Bien y Verdad. La ha echado a volar, como hojita seca déjese llevar. Hoy le dice que vaya por el mundo conociendo muchas cosas, sobre el mundo va. Y digo que “sobre el mundo va”, porque, siendo voz de conciencia lo que sigue, el “mundo” no la puede tocar.

Mañana la impulsa la “voz” a grandes negocios. . . Le dice que haga castillitos de papel, que dirija y gobierne, que se someta y obedezca, que se “encierre” o “salga” a pasear, hágalo todo como dice la “voz”. Pero mucho cuidado tenga el alma de apegarse a nada de eso, dejando su “conciencia” por la cosa dada. Es grande peligro quedarse en el camino y dejar seguir el “Vehículo”. Cuando se quede a pie el otro “vehículo” la llevará por el camino del mal.

No olvide el alma que por ella misma no se puede mover y uno de los dos la ha de llevar. Es como quien viajando en un avión que la lleva en una dirección, en una parada se queda en tierra y pierde el avión. El otro tendrá que tornar y éste en dirección opuesta la llevará.

No olvide el alma que con mucha pureza y rectitud debe actuar. No trate de engañar a su conciencia, porque ella misma se engañará. A la “voz” del Espíritu jamás podrá engañar y al menor intento de engañarle a él, por justicia divina, el “otro” vendrá, pues éste es quien le dice que a la conciencia puede engañar, para ser él quien la mueva en lugar de Aquél, llevándola al “Mal” por haber dejado el “bien”.

Tan pronto el alma se dé cuenta de que está en el error, porque le dice la “voz” que aquello que sigue no es la verdad y el bien, reconozca su error y déjelo para seguir la verdad y el bien que ahora le descubre la “voz”; cuéstele lo que le cueste, sea fiel a su “voz”. Piense en San Pablo. ¡Cómo sería la rectitud de aquel hombre en su persecución a los cristianos, que la Verdad en Persona, Cristo sale a su encuentro y le saca del error! Pablo no piensa en las consecuencias que ese cambio de dirección podía traerle, lo importante para él no es la dirección donde va, sino, el “vehículo” que lo lleva, su *conciencia*, y la sigue sin titubear. En los Hechos de los Apóstoles dice, en su defensa ante el Sanedrín: *“Hermanos, siempre hasta hoy me he conducido delante de Dios con toda rectitud de conciencia”*. (Hech. 23, 1.)

Y como San Pablo se pueden citar muchos ejemplos de santos: tenemos a Leví. el publicano del Evangelio, su “vehículo” lo lleva de recaudador de impuestos a Apóstol del Señor, el Evangelista Mateo.

San Agustín dio muchas vueltas en el mismo “vehículo” para llegar a la dirección que lo llevaría a la felicidad eterna.

Y me atrevo a decir que Magdalena fue una pecadora con rectitud de conciencia. Aquellos pecados no llegaron a manchar su corazón, “porque había amado mucho”, el amor para ella era la verdad y el bien. De lo contrario Jesús no hubiera pronunciado aquellas palabras en su absolución: “se le ha perdonado mucho, porque mucho ha amado”. Si su amor ha sido capaz de “justificar” su pecado es porque en ese amor ha habido una pureza. Por eso el verdadero Amor sale a su encuentro y ella Le reconoció y le siguió hasta la Cruz para siempre. Prueba de que ella utilizaba el “vehículo” del bien y no el otro, que la hubiera llevado a las tinieblas y no a la Luz.

No quiero decir que lo que hizo Magdalena, Agustín o Pablo era el “bien”, sino que para ellos no era mal, porque no vieron “malo” lo que hacían. Tampoco quiero decir que aquello les fuese sugerido por el espíritu del bien, sino que muchas veces por justicia divina, Dios *permite* que el alma escuche la voz del mal sin darse cuenta que es el “Mal” y ella lo atribuye al “Bien”. Esto, desde luego, es muy fino y depende de la pureza y rectitud del alma, de ello dará cuenta a Dios.

Marta veía en las obras de su hermana el mal; hacía bien en reprocharle. La madre de Agustín veía que su hijo seguía el camino del error, hacía bien en indicarle el camino de la verdad como ella lo veía. El espíritu del bien actúa en cada alma según los designios de la Voluntad Divina, designios que dependen del grado de evolución alcanzado por cada alma, y las dirige de acuerdo a la misión que deben cumplir en el plan de Dios. Por eso digo que no podemos ni debemos juzgar su proceder, sino que cáela alma debe ser fiel a su conciencia, que es el bien y la verdad que ella ve.

Abraham, inducido por la voz del mal, pues Dios no tiente de esa manera, fue a sacrificar a su hijo Isaac, porque para él era mandato de Yahvé, Dios. El “Mal” sugiere con una

intención: exterminar a aquél en quien Dios había hecho la promesa de multiplicar sus generaciones y crearse un pueblo. Abraham responde obedeciendo a Dios; su fe en Aquél a quien sigue está por encima de todo. Dios *permite* la tentación porque era *necesario*, en su Justicia perfectísima, que aquel por quien debía cumplirse la promesa, “en ti serán bendecidas todas las gentes”, fuera confirmado en la fe por la obediencia, para que “la bendición de Abraham se extendiese sobre todas las gentes”. Era la puerta abierta *por los hombres* por donde se introduciría su Espíritu Santo; así como por la desobediencia de Adán se extendió la “maldición”, el pecado, sobre la humanidad, “las gentes”, y fue abierta la puerta por donde se introdujo el “espíritu del mal” en el alma inmortal, la naturaleza humana. Por eso, es la fe la que abre las puertas al Espíritu Santo en cada alma en particular; así como la fe de Abraham la abrió para la humanidad, “las gentes”.

Y dice San Pablo en su epístola a los Calatas: “¿*Habéis recibido el Espíritu por virtud de las obras de la Ley o por virtud de la predicación de la fe?*”

“*Como escrito está: ‘Abraham creyó y le fue imputado a justicia’. Entended, pues, que los nacidos de la fe esos son los hijos de Abraham pues previendo la Escritura que por la fe JUSTIFICARÍA DIOS A LOS GENTILES, preanunció a Abraham: ‘En ti serán bendecidas todas las gentes. Así que los que nacen de la fe son benditos con el fiel Abraham. Pero cuantos confían en las obras de la Ley se hallan bajo la maldición, porque escrito está: ‘Maldito todo el que no se mantiene en cuanto está escrito en el libro de la Ley, cumpliéndolo’. Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios es manifiesto, porque ‘el justo vive de la fe’. Y la Ley no se funda en la fe, sino que ‘EL QUE LA CUMPLE, EN ELLA VIVIRÁ’.*” (Gal. 3, 2-12.)

Dice San Pablo en la epístola a los Romanos: “*Israel, siguiendo la ley de la justicia, no alcanzó la Ley. Y ¿por qué?*

Porque

NO FUE POR EL CAMINO DE LA FE, SINO POR EL DE LAS OBRAS”. (Rom. 9, 31.)

Jesucristo nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición pues escrito está: “*Maldito todo el que es colgado del madero*’, para que la bendición de Abraham se extendiese sobre las gentes en Jesucristo y por la je recibamos la promesa del Espíritu”. (Gal. 3, 14.)

Después de esto sobran los comentarios. San Pablo nos ha hablado bien claro:

Es la fe la que da vida a Jas obras y éstas manifiestan la fe. Toda obra hecha a impulsos de la fe *seguro* que llega a Dios.

Pero las obras impulsadas por nuestros conocimientos pueden quedarse en el camino o pueden ir a parar a los graneros del “enemigo”, por muy buenas y “santas” que parezcan. Tendremos muchas sorpresas el día del juicio; del “juicio” que hemos hecho nosotros del “bien” y del “mal”.

V

*Otro día, como Águila divina
del cuello te tomará en su pico
y te llevará por el desierto
donde ningún consuelo podrás hallar
y muchas tentaciones te vendrán.*

Como Águila divina del cuello te tomará en su pico: porque sin que el alma se haya dado cuenta, de cuándo ni cómo, se verá metida en cosas que ella no eligió. Digo que, *del cuello te tomará en su pico*, porque será como una posición forzada donde no hallará el alma descanso ni consuelo, y será como terreno árido del desierto. Entonces le asaltarán toda clase de tentaciones, pues el otro “vehículo” aprovecha la situación para ver si el alma dejando el “Águila”, la voz de su conciencia, para librarse de la forzosa posición, cae en sus fauces abiertas, buscando la “conveniencia”.

Piense el alma que está en período de prueba y de su paciencia, confianza y resignación depende el salir pronto de esa posición. Recuerde a David perseguido por Saúl: habiendo obrado con rectitud, se vio en aquella situación. Y más de una vez tuvo a su alcance a su perseguidor Saúl, pudiendo darle muerte librándose así de aquella situación, sin embargo, permanece fiel a su conciencia y el “Mal”, que espera sacar provecho de aquella persecución, se ve burlado y David recibe de Dios su recompensa.

José fue vendido por sus mismos hermanos, odiado por ellos sin motivo. Pero nada pudo hacerle desviar su rectitud. Todos los intentos del “enemigo” son inútiles: ante la tentación de la mujer de Putifar él responde consciente de la

situación, permaneciendo fiel a Aquel que está por encima de todo y de todos: *¿Voy yo a hacer una cosa tan mala y a pecar contra Dios? Y cuando se da a conocer de sus hermanos, ante el temor de éstos, que esperaban de él una “justa venganza”, les tranquiliza, diciéndoles: “Pero no os aflijáis y no os pese haberme vendido para aquí, pues para vuestra vida me ha traído Dios aquí antes de vosotros. . . Dios me ha enviado delante de vosotros para dejaros un resto sobre la tierra y haceros vivir para una gran salvación.. .”.* (Gen. 45, 5-7.)

José no se detiene en el “camino”, los “medios” que usó Dios para llevarle allí, él sigue firme, clavado en el “Vehículo” que le conduce, él no mira la aridez ni los peligros que pasó por el “desierto”, porque permaneciendo en su “Vehículo”, rectitud de conciencia, no tiene por qué ciarles importancia. Tampoco juzga el proceder de aquellos que, llevados de la envidia, lo vendieron; eso es asunto de ellos con Dios. El hace lo que en conciencia cree que debe hacer: acogerlos y protegerlos.

Es así como las almas llegan victoriosas al final de su carrera y como premio reciben una corona que no codiciaron y una felicidad eterna por la cual no se preocuparon.

VI

No mires el “desierto”

y en las tentaciones sé fiel a tu Dios.

Ama y confía, aunque tengas caídas.

Piensa en Aquel que te lleva”

y él mismo te levantará.

Ese es el camino y por él has de llegar.

No mires el “desierto”: No analice el alma, la situación tratando de descubrir el porqué y cómo está así. Si ha sido fiel a su conciencia no tiene por qué temer.

Y en las tentaciones sé fiel a tu Dios: sea fiel a la voz de su conciencia tratando de percibirla en cada momento y sígala, aunque se empeore la situación – como hizo David al perdonar la vida de su perseguidor Saúl – . Lo importante para el alma debe ser la fidelidad al bien y a la verdad procediendo siempre por “conciencia”, no proceder por “conveniencia” jamás. Piense que es allí donde está el peligro de desviar el camino que la llevará a la verdadera y única eterna felicidad.

Ama y confía, aunque tengas caídas. Piensa en Aquel que te lleva y él mismo te levantará: si a pesar de su intención de seguir el bien, según su conciencia, la pasión del momento le hace caer en la tentación, *tío importa cuál sea su caída*, en el mismo momento que vea el mal, repare su falta con gran dolor de corazón. Confíe en la voz de su conciencia, amando la verdad y el bien sólo, que ella le hará ver lo que debe hacer y la levantará.

Por muy dura que le parezca al alma la reparación que exige su conciencia, el espíritu del bien, *obedezca al instante, con presteza*; ni un momento deje pasar. No dé tiempo a que le invadan las tinieblas, porque entonces no podrá ver el

“mal” y seguirá rayendo en el.

De nuevo tome como ejemplo a David: su pecado por haber hecho el censo del pueblo que gobernaba “provoca la ira de Dios” y él no evade la reparación, sino que asume la responsabilidad: *“Yo he pecado; pero estos, las ovejas, ¿qué han hecho? Caiga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre. ..”*. *“Y ofreció holocaustos y sacrificios...”* (II Rey. 24. 17; I Cro. 21, 17.)

Su otro horrible pecado no pudo ser peor. Sin embargo, no lo aparta de Dios, porque en la humillación se acerca más a El:

‘‘Api  date de mí,   oh Dios, según tus piedades!

Según la muchedumbre de tu misericordia,

borra mi iniquidad.

    vame más y más de mi iniquidad

y limpi  me de mi pecado.

     pues reconozco mis culpas

y mi pecado está siempre en mí...

       h t  , que amas la sinceridad del corazón,

desc  breme los secretos de tu sabidur  !

        ame con hisopo y será puro. ..

     crea en mí,   oh Dios, un corazón puro,

renueva dentro de mí un espíritu recto!

     no me arrojes de tu presencia

y no quites de mí tu santo espíritu. . .”

(Sal. 50, 3-5. 8.9.12.13.)

Todo el salmo 50 es un grito que se levanta del polvo de la tierra y va a dar a la morada y al corazón del Dios Omnipotente, quien da “alas” al “vil gusano” para j que se remonte hasta El y no vuelva a arrastrarse en el barro del pecado.

El centurión, como aparece en el Evangelio, reconoce también sus pecados confesando al Señor que no es digno de

que entre en su casa, pero su fe sobrepuja sus faltas y le es concedido lo que pide.

Si Judas no hubiera obrado por “conveniencia” nunca hubiera llegado a lo que llegó. El pecado *por “conveniencia”* lleva a la desesperación, en él no cabe la confianza. ¿En quién va a confiar si obró impulsado por el egoísmo, movido por el espíritu del mal? Sus pies estaban asentados en el “yo” (ego), cuerpo del pecado. Se puede decir que la “voz” del mal es el “yo” (ego) ; toda vez que obramos por conveniencia propia estamos embarcados en el “vehículo” del mal que nos dirige hacia nosotros mismos para que perdamos de vista ;il otro “Vehículo”, la conciencia’, que nos conduce a Dios. Y en el momento que se reconoce el mal, el alma se ve sola en el mar de la desesperación y no le queda otra alternativa que permanecer en el Mal. Esa es la eterna desesperación del alma condenada.

Y todo empezó por ella misma, creyéndose capaz de caminar por sí sola, de conocer el “bien” y el “mal”. La soberbia y el egoísmo fueron su veneno. El “tentador” recibe el fruto de aquella tentación: *“Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal”*. (Gen. 3, 5.) El alma recibió la semilla y cooperó a su crecimiento, ella se convierte en fruto del árbol que cuidó y va a las manos del que lo plantó: Satanás.

Nadie elige el mal conscientemente, cuando lo consiente es porque representa una conveniencia personal. Aunque aparentemente no parezca que ha obrado por egoísmo. En toda *“conveniencia”* está clavada la bandera del “yo” (ego), y esto es muy sutil en algunos casos. Quien se cree capacitado para distinguir lo que es “más conveniente” ¿no está partiendo de un conocimiento propio, confianza en sí mismo?

Y aquí cabe preguntar como los discípulos a Jesús:

“¿ Quién, pues, podrá salvarse? ,...” “Dura es esta doctri-

na.” *“Para los hombres imposible, mas para Dios todo es posible.”* (Mt. 19, 25-26.)

A quien se decida por el “Vehículo” del bien, Dios le dará la gracia para que permanezca en él.

“Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.” (I Jn. 5, 4.)

VII

*Si dentro del vientre de una ballena,
como Jonás, te sientes alguna vez,
no dudes que ése también es él,
que sumergido en el mar
te pasa a la orilla, escondida en su seno,
para que las fieras no te puedan tocar.*

Si dentro del vientre de una ballena, como Jonás, te sientes alguna vez: el alma se siente oprimida por todas partes, por dentro y por fuera, todo es obscuridad. Su conciencia parece que no sabe dirigirla ya, porque no ve que la lleve a ningún lugar y sólo le dice que debe esperar. Y al alma le parece que aquella vida ya no puede soportar. Desea la muerte y a su conciencia ese deseo le parece mal, pero ella, el alma, no puede desear otra cosa, porque aquella vida para ella no es vida, ni es muerte tampoco. Es horrible agonía que nunca termina. Y en su dolor brota de sus labios esta canción:

*“No es vivir este vivir,
¡es agonía!
El cuerpo anda, el rostro ríe,
¡y está desfallecida el alma mía!”*

¡Oh, si el alma supiera el bien que de este trance sacará, vería en su agonía los albores de la deseada felicidad! Pero ella nada puede ver, porque escondida la lleva aquel espíritu, que es su “luz”, para que los peligros de la vida no la puedan atraer y a la “tierra” de purificación pueda llevarla él. Pues todavía se encuentra en camino de preparación.

El santo Job, pasando por este camino un gran ejemplo nos

dejó en aquellos versos:

“Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: ‘¡Ha sido concebido un varón!’

Conviértase ese día en tinieblas, no se cuide Dios de él desde lo alto, no resplandezca sobre él un rayo de luz.”

(Job. 3,3s.)

Así se lamentaba Job en sus días de prueba. Y después, cuando ya “veía”, hablando con Yahvé le decía:

*“Se que lo puedes todo
y que no hay nada que te cohíba . . .
Por eso proferí lo que no sabía,
cosas admirables para mí, que no conocía. . .
Sólo de oídas te conocía;
mas, ahora te han visto mis ojos.
¡Por eso me retracto y hago penitencia
sobre polvo y ceniza!”* (Job 42, 2-6.)

Y Santa Teresa de Jesús, como todos los santos, pasando por ahí dice:

*“Haz, Señor que acabe tan larga agonía,
socorre a tu sierva
que por ti suspira.
¡Rompe aquestos hierros
y sea feliz!
Ansiosa de verte deseo morir.
Mas no, dueño amado,
que es justo padezca;
que expíe mis yerros,
mis culpas inmensas...”*

Así sienten y se expresan las almas que tienen algún conocimiento de Dios, y digo “algún conocimiento”, porque

el verdadero “conocer” no llega sino después ,de la purificación del alma (naturaleza humana), cuando entra en el Crucificado. Porque lo que está pasando ahora no es más que una “preparación” para entrar en El y ser purificada. Podría llamarse a esto purificación de los sentidos u oscuridad de los sentidos, porque el espíritu del bien que la dirige como que se esconde y le quita toda luz o gusto de los sentidos al alma para ejercitarla o prepararla para ir más “adentro” donde será purificada. Para dirigirla desde su “más profundo centro”, porque hasta ahora la ha dirigido desde la zona de los sentidos.

De la fidelidad del alma depende el tiempo que duren estas tinieblas, que pueden ser muy largas, si el alma se empeña en “ver” y en “caminar”, cuando debe dejarse llevar “a ciegas”, aunque le parece que nadie la lleva. Si tiene paciencia y se somete a la acción del Invisible, en esa fe muy oscura es cuando más se gana, y puede salir muy pronto a la luz.

Es como quien pasando por un túnel muy oscuro, donde no ve la entrada ni la salida, se desespera y se pone a dar vueltas. En la desesperación puede quedarse y hasta puede llegar a la locura, pues, al querer moverse por ella misma, el “Vehículo” del bien que la lleva, no puede moverla, y, por justicia, por libre albedrío del alma, el otro “vehículo” del mal, la entretiene dándole vueltas para que no salga de allí y en la desesperación la tome del todo él.

¡ Oh, cuánta paciencia, confianza y abandono se necesita en este trance! Y qué pronto salen de él las almas que llegan a comprenderlo y se someten con fe ciega a Aquel “Invisible” que las conduce.

Muchas almas pasan esta oscuridad sin darse cuenta, estando metidas en el mundo, sin ningún conocimiento de Dios, llevadas por su rectitud de conciencia. Pero después que

saben algo de Dios y de sus santos se ponen a imitar a esos santos y lo que hacen es dejar el “Vehículo”, dejando el Santo para hacerse “santas”. Y toman el otro “vehículo” que las lleva con dirección a ellas mismas, pues han obrado por “conveniencia”; aunque sea una conveniencia santa, deseos de “santificarse”. ¡ Cuánto tiempo perdido al dejar al ÚNICO que puede santificarlas!

¡ Oh, cuántas almas, la inmensa mayoría, cae en este error! El purgatorio está lleno de ellas, y ¡ cuántas han llegado hasta el infierno!

¡ Alma que quieres santificarte, no pienses en tu santidad, sino en el Santo de los santos! Piérdete en El, mandando el “yo” (ego) al infierno, pues el “yo” (ego) es tu peor enemigo. Un pensamiento, una mirada en esa dirección debe ser el *mayor pecado* que debes evitar. ¡ Guerra al “yo” (ego) para que vivas “tú”!, porque el verdadero yo del alma tiende siempre a Dios sólo, de quien es imagen y semejanza.

VIII

*Si un día te sientes como piedra dura y fría,
que no puedes amar,
él es la “Roca” y te lleva en sus entrañas
para que no te roce la tempestad,
sigue confiada, que ese es el camino
y por otro nunca llegarás.*

Le parece al alma que los sufrimientos pasados le han endurecido el corazón. Se siente como piedra dura y fría, nada le mueve a compasión. Tampoco, como antes, las cosas bellas de la vida le causan admiración.

Es que el espíritu de luz que la dirige prepara su corazón para que en él pueda descansar Dios, por eso le quita aquellos sentimientos que él mismo le dio. El es la Roca de su protección, que pasándola por muchos peligros, la libra de apegarse a un falso amor, que la dejaría en las criaturas sin llegar al Creador.

No pierda el alma la confianza, porque llegando está al final de la “preparación” y su Guía la dispone para presentarla al Crucificado en quien será purificada.

Hasta aquí puede llegar el alma que no ha renunciado a sí misma, es decir, a su “ego”, por tanto no ha recibido el bautismo del Espíritu, porque no ha dado el salto hacia la renunciación, negación propia, haciendo realidad en sí misma el “bautismo de penitencia”, el cual es “precursor” del bautismo del Espíritu. Porque, como hemos dicho antes, el espíritu que la mueve, actúa desde la zona de los sentidos, purificándolos. El bautismo de penitencia, bautismo efe agua,

fue proclamado por Juan Bautista, el precursor de Jesús. El bautismo del Espíritu fue el que recibieron los apóstoles en Pentecostés.

Y digo que hasta aquí puede llegar el alma que no ha recibido el bautismo, porque para la purificación total del alma es necesaria la “gracia redentora”, para que el Espíritu Santo pueda llevarla a su “más profundo centro”, su Naturaleza Divina, y desde allí purificarla con el fuego del Espíritu. La cooperación del alma consiste en dejarse guiar *libremente* por el espíritu de luz, el bien, obedeciendo a su “voz”, así le abre las puertas al Espíritu Santo, que habiendo venido a actuar en ella por el bautismo (negación propia) puede desde allí purificarla, porque recibe las inspiraciones desde la morada de la Santísima Trinidad, su Naturaleza Divina, y no desde la zona de los sentidos, su naturaleza humana, y así el espíritu de tinieblas va perdiendo su acción sobre ella.

Tenemos, pues, que para entrar el alma en la purificación que le dará una “nueva vida” *necesita* la gracia merecida por Cristo: negación del sentir puramente humano. Esto es consecuencia de su Naturaleza Divina, pues esa “nueva vida” es precisamente la vida de la gracia, la que le revelará aquella imagen y semejanza de Dios con que fue creada. Pero tampoco se da esa purificación si el alma no coopera a la gracia recibida comunicándose con la Vida. Esta comunicación con la Vida Divina irá en aumento a medida de su correspondencia. Por eso el alma que está ejercitada en el seguimiento de la “voz” del espíritu de luz, rectitud de conciencia, coopera sin darse cuenta con la gracia que se le promete en el bautismo sacramental, imagen del “bautismo” verdadero que consiste en el negarse a sí mismo.

Hasta aquí podían llegar las almas (seres humanos) antes de Cristo, éste sería el estado perfecto de esas almas fieles del Antiguo Testamento, que siguieron en su rectitud de concien-

cia al Espíritu de Jesús. Y aquellos que estaban en esta disposición fueron los que reconocieron al Hijo de Dios, según dice San Juan:

*“Estaba en el mundo
y por El fue hecho el mundo
pero el mundo no le conoció.
Vino a los suyos,
pero los suyos no le recibieron.
Mas a cuantos le recibieron
dióles poder de venir a ser hijos de Dios.”* (Jn. 1, 10-12.)

“Estaba en el mundo”, porque el VERBO de Dios, el Unigénito, de quien procede el Espíritu del “Bien”, ha estado siempre en el mundo, iluminando a todas las almas, “y por El fue hecho el mundo”. *“Los soportaste largos años, amonestándoles con tu espíritu, y no le dieron oídos. Y entonces los entregaste en manos de pueblos extraños* (esos ‘pueblos extraños’ representaban a los ángeles de la Permisión) ; *pero en tu misericordia no los consumiste del todo ni los abandonaste, porque eres un Dios clemente y misericordioso.”* (Neh. 9, 30-31.)

“Vino a los suyos”, el Verbo, el Unigénito, vino en la persona de Jesús a los “suyos”, porque El en todos estaba, pero los que no siguieron su “voz”, es decir, no obraron con rectitud de conciencia, estaban orientados a su “ego”, la conveniencia, llenos de tinieblas y “no le recibieron”. “Mas a cuantos le recibieron”, aquellos que renunciando a su “ego” obraban por conciencia, pertenecían a la luz, “dióles poder de venir a ser hijos de Dios” – aquí vemos la perfectísima justicia de Dios en la libre elección del alma – y a éstos, Jesús les dice: *“Yo rogaré al Padre, y os dará otro abogado, que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce;*

vosotros le conocéis, porque permanece con nosotros y está en vosotros”. (Jn. 14, 16-17.) Jesús les promete una participación mayor del espíritu del Bien, el Espíritu Santo, aquella que recibieron los apóstoles el día de Pentecostés, porque habiendo sido fieles a su “voz” le abrieron las puertas:

“En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.” (Mt. 19, 28.)

Por eso también envió el Espíritu Santo a Pedro a casa del centurión Cornelio, porque éste obraba con rectitud de conciencia y después de ser evangelizado recibió el Espíritu Santo y fue bautizado: *“Ahora reconozco – dijo Pedro – que no hay en Dios acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto.”* (Hech. 10, 34.)

Pero muchas almas bautizadas sacramente se quedan aquí o ni siquiera llegan a esto. No llegan, porque tomando el camino de “conveniencia” no permanecen en el “Vehículo” del bien, aunque lo tomen alguna vez. O se quedan aquí, porque dejando el “Vehículo”, la “Roca”, no llegan a la purificación en Jesucristo Crucificado, sino que se quedan con la “visión” de Jesús el Maestro. Ellos se hacen a sí mismos maestros y doctores, se consideran capaces de reformar el mundo y convertir a las naciones, de evangelizar, abrir los ojos a los ciegos, sanar los leprosos y resucitar a los muertos, etc., etc. Dando loores a Jesús como aquel pueblo en el Domingo de Ramos, haciéndole rey del “mundo” en que viven.

Con los labios lo aclaman y con el corazón preparan la traición. Y en sus oraciones, ausentes del espíritu de Jesús, el

“Vehículo” que han dejado, piden a Dios el otro “vehículo”, porque con sus corazones han regresado al punto de partida:

“Y con sus corazones se volvieron a Egipto diciendo a Aarón: ‘Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque ese Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto no sabemos qué ha sido de él’.”

Y añade San Esteban, según los Hechos de los Apóstoles: *“Entonces se hicieron un becerro de oro y ofrecieron sacrificios al ídolo y se regocijaron con las obras de sus manos. Dios se apartó de ellos y los entregó al culto del ejército celeste, según que está escrito en el libro de los profetas:*

‘¿Acaso me habéis ofrecido víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel?

Antes os trajisteis la tienda de Moloc, y el astro del dios Refam, las imágenes que os hicisteis para adorarlas. Por eso yo os transportaré al otro lado de Babilonia’.” (Hech. 7, 39-43.)

El alma huyendo de la purificación en Jesucristo Crucificado, se queda en lo que percibe por los sentidos, lo del “mundo”. Porque se les “mostró” la vida apostólica de Jesús ellos se quedan en esa “contemplación” y creen que están con Jesús. *“Pero el Hijo del hombre ha seguido su camino—fuera del ‘mundo’, negándose a si mismo—, según está escrito.”* (Mt. 26, 24.) Y ella, el alma, se ha quedado en sí misma, el “mundo”. Y no llega a conocer a Dios y a adorarle en espíritu y en verdad. Entonces se hace imágenes del Dios que ella se ha imaginado de acuerdo al “mundo” en que vive, y de todos los santos y los ángeles: “Dios se apartó de ellos y los entregó al culto del ejército celeste”, el “ejército celeste” son los ángeles de la Permición, que rigen el mundo.

Habiéndola entregado Dios al culto del ejército celeste, de

ellos recibe también el conocimiento de la Ley de Dios, “por ministerio de los ángeles”, como dice San Pablo. Y no se identifica con el Espíritu de Dios, que purificándola recibiría las cosas de Dios en toda su pureza, haciéndolas vida. Y como no es templo “vivo” de Dios, aunque Dios habite en ella, es entonces templo “muerto” del Dios vivo, porque teniendo en ella Vida no se comunica con la Vida. Y se hace templos materiales de tierra y arena, ladrillos y piedras para adorar a sus “dioses”.

Y dice San Esteban: *“Sin embargo, no habita el Altísimo en casas hechas por mano de hombre, según dice el profeta:*

“Mi trono es el cielo, y la tierra el escabel de mis pies; ¿qué casa me edificaréis a mí?, dice el Señor, o ¿cuál será el lugar de mi descanso? ¿No es mi mano la que ha hecho todas las cosas?”. (Hech. 7, 48-50.)

El alma creada por Dios a su “imagen y semejanza” es la casa que El quiere; y el corazón puro para lugar de su descanso. Hasta que Dios no pueda “descansar” en nuestros corazones no entraremos nosotros en “su descanso”. Y es San Pablo quien nos invita a ello con urgencia en su carta a los hebreos:

“Entremos, pues, en el descanso los que hemos creído, según que dijo: ‘Como juró en su cólera: No entrarán en mi descanso’, aunque estuviesen acabadas las obras desde la creación del mundo. Pues en cierto pasaje habla así del día séptimo: ‘Y descansó Dios en el día séptimo de todas sus obras’. Y en éste dice de nuevo: ‘No entrarán en mi descanso’. Queda, pues, que algunos han de entrar en el descanso, y aquellos a quienes primero se les comunicó la buena nueva no entraron a causa de su contumacia; de nuevo señala un día, ‘hoy, declarando por David después de tanto tiempo lo que arriba queda dicho: ‘Si hoy oyereis su voz, no endurezáis vuestros corazones’. Pues si Josué los hubiera introduci-

do en el descanso, no ‘hablaría (David) de otro día después de lo dicho. Por tanto, queda otro descanso, para el pueblo de Dios. Y el que ha entrado en su descanso, también descansa de sus obras, como Dios descansó de las suyas.

“Démonos prisa, pues, a entrar en este descanso, a fin de que nadie caiga en este mismo ejemplo de desobediencia.

“Que la palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes son todas desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta.” (Heb. 4, 3-13.)

Pero la persona que no procede con rectitud de conciencia se siente aprisionada bajo un falso temor de Dios. Y huyendo de esa “espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu”, que es la voz de su conciencia, como aquel pueblo rebelde dijo a Moisés, ella también con su corazón dice a otros hombres: *“Háblanos tú y te escucharemos, pero no nos hable Dios, no muramos”.* (Ex. 20, 19.)

Porque no habiendo seguido su conciencia la teme y procura ahogar su “voz” con otras “voces” de afuera. Y terminan pidiendo a alguien que las dirija y gobierne, como pidió el pueblo hebreo un rey que los gobernase y Dios les dio a Saúl que los esclavizó.

Así el alma recibe también su merecido por haber rechazado la “voz” del espíritu del Bien, su conciencia, y se hace esclava del parecer de otros hombres.

“Desagradó a Samuel que le dijeran: ‘Danos un rey para que nos juzgue’, y oró ante Yahvé; pero Yahvé dijo a Samuel: ‘Oye la voz del pueblo en cuanto te pide, pues no es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos.

Como han hecho J conmigo desde que los saqué de Egipto hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo. Escúchalos, pues; pero da testimonio contra ellos y dales a conocer cómo los tratará el rey que reinará sobre ellos’.” (I Sam. 8, 5-9.)

Y dice el Señor por boca del profeta Isaías:

“Déjeme consultar por los que no me interrogaban, déjeme hallar por los que no me buscaban. Yo decía: ‘Heme aquí, heme aquí’, a gente que no invocaba mi nombre. Todo el día tendía yo mis manos a un pueblo rebelde, que iba por caminos malos, en pos de sus pensamientos”. (Is. 65, 1-3.)

No digo que el alma no debe consultar sus dudas de conciencia con aquellos que ella cree que ya pueden ayudar orientándola, pero ésto se debe hacer dentro de esa rectitud de conciencia. La misma “voz” la guiará a quien debe consultar. Y después de haber consultado .asumir la responsabilidad del consejo aceptado.

IX

*Si llegas a sentir que arden tus pasiones
cual hoguera que no puedes apagar,
él es el fuego que te quiere purificar.
Únete a la Hostia Inmaculada,
ofréctete como víctima que se inmola
en el altar del sacrificio,
porque te vas acercando a tu Creador.
Cuanto más puro sea el deseo de ofrecerte
más pronto llegará a El el holocausto.
No dudes que éste es el camino
y estás más cerca que ayer.*

Si el alma ha seguido con fidelidad la voz de su conciencia y no ha actuado por “conveniencia”, el mismo espíritu de luz y bien, que la ha dirigido por medio de su conciencia, la lleva al Crucificado. Y aunque ella no conozca conscientemente a Cristo, cuando siente arder sus pasiones, que la invitan al pecado, con el solo *deseo sincero* de ser fiel a su conciencia, siguiendo el bien, actúa la gracia del bautismo – negación propia – , se une a la Hostia Inmaculada y comienza el Hijo de Dios a ofrecer al Padre aquel “sacrificio” unido a Su Sacrificio. Tienen entonces principio aquellas palabras de Jesús: “*Nadie viene al Padre, sino por Mí*”. (Jn. 14, 6.)

Es Cristo, *en Cristo* en quien se prepara el alma para recibir al Consolador, una participación mayor del Espíritu Santo, quien empezará a purificarla para ser presentada al Padre. Y es el Padre quien la introduce en la Cruz del Redentor y con Cristo y en Cristo es redimida, liberada de sí misma, lo que es

lo mismo que dar “muerte” al “hombre viejo”, cuerpo del pecado, para nacer el “hombre nuevo”, “revestirse” de la gracia, del Cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo el alma coopera atrayendo a otras almas a la Redención; a medida que ella se va “despojando” del “hombre viejo” al mismo tiempo se va “revistiendo” de Cristo, que es como decir, pasando de la “muerte” a la Vida y esa “Vida” se comunica a otros miembros del Cuerpo Místico.

Cuanto más puro sea el *deseo* de permanecer fiel a la conciencia, sacrificando el apetito de las pasiones desordenadas, más pronto esas pasiones serán ordenadas y el alma purificada.

Si a esta alma no le ha “*llegado*” todavía la predicación del Evangelio, aunque es bautizada, le falta el conocimiento intelectual, pero lo tiene espiritualmente. Cualquier contacto de afuera la encenderá, porque al “oír” predicar a Cristo reconoce en El a Aquel que la ha guiado por medio de su conciencia.

Esta alma está más cerca de Dios que cualquier teólogo que haya tenido un conocimiento de afuera y no ha penetrado adentro, porque ha vivido al margen de su conciencia, el espíritu de Jesús. Aunque practique, reciba los sacramentos y se crea muy unido al Señor.

A esto se refería Jesús cuando dijo a los fariseos:

“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: ‘Vemos’, y vuestro pecado permanece.” (Jn. 9, 41s.)

Porque habiendo sido instruidos en la Ley no la cumplieron, porque vivieron al margen del Espíritu que les llevaría a su cumplimiento, y viniendo el Hijo de Dios permanecieron endurecidos. :

La Ley les fue dada para que conocieran el pecado y

reconociéndose pecadores e impotentes para salir de él, se humillaran, pero ellos hicieron lo contrario. Dios no les pedía hacer lo que no podían. Podemos ver en el Antiguo Testamento la indulgencia de Dios para con los hombres en sus excesos de la carne. Porque ellos eran impotentes para purificarse, redimirse de sus apetitos desordenados. Dios sólo les pedía la humildad: que reconociéndose impotentes para salvarse reconocieran en Cristo al Salvador. Pero la soberbia hizo que fueran endurecidos sus corazones y cerrados sus ojos: *“Ciertamente oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y se han hecho duros de oídos, y han cerrado sus ojos para no ver con sus ojos y no oír con sus oídos, y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría”*. (Mt. 13, 14-15.) Porque, como dijo también el Señor: *“No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos. .. Porque no he venido yo a llamar a los justos sino a los pecadores”*. (Mt. 9, 12.)

Es un ejemplo y un llamado salvador para el alma que se ve sumida bajo el peso de las pasiones desordenadas de la carne y se siente impotente para luchar contra ellas y dominarlas.

San Pablo, rogando al Señor le librase del aguijón de la carne,. el Señor le respondió: *“Mi gracia te basta”*. (II Cor. 12, 9.)

Aquéllos, nuestros hermanos del Antiguo Testamento, no tenían la redención de Cristo. No había sido purificada la “carne”, por eso sus pecados de la carne no tenían para ellos la trascendencia que tienen para nosotros.

Después que el Hijo de Dios “absorbió” nuestra “carne” para purificarla, el alma cristiana todo lo puede en Aquel que la conforta.

X

*Si después de sufrir un poco
tu sientes invadida por un sublime gozo,
no dudes que él es tu reposo
y te invita a descansar.
Ama, goza, pero no te apegues al gozo
porque todavía te falta
un trecho largo que andar
donde espinas y arideces no te faltarán.*

Después de un poco de sufrimiento, que es el principio de la purificación – se le “presentó” al alma el “hombre viejo” para que conociéndole coopere a su “muerte”-. Por los canales abiertos al contacto con el Crucificado, se introduce el espíritu de luz como sedante que corre por las heridas sangrantes todavía y se siente el alma invadida por un sublime gozo. Su corazón en amor inflamado le impulsa en brazos del Hijo de Dios y en El olvida los dolores pasados. Dios se ha asomado a su corazón. Se le muestra al alma la imagen de la “nueva criatura”: Cristo Resucitado.

Es algo así como lo que les pasó a los apóstoles: después de haber sufrido por la muerte de su Maestro, al verle resucitado se llenan de gozo y olvidan el sufrimiento pasado.

Ellos, los apóstoles, lloraban al “hombre viejo” que fue crucificado, pues ellos todavía no habían “abierto los ojos” y no podían sentir las cosas de Dios sino las de la carne. Por eso estaban tristes, pero cuando se les “mostró” la “nueva criatura”, el “hombre nuevo”: Cristo Resucitado, su tristeza y su dolor se convirtieron en gozo. Pero hasta que no recibieron el Espíritu Santo no “abrieron los ojos” y desapareció el temor.

Así, pues, después de habersele mostrado el “hombre viejo” al alma se le muestra el “hombre nuevo” para que coopere con alegría a la “crucifixión y muerte” del “hombre viejo”: *“Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré y se alegrará nuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría”*. (Jn. 16, 22.) Dijo Jesús a sus apóstoles cuando les anunció su Pasión y Muerte. Así también le dice al alma al anunciarle la “pasión y muerte” del “hombre viejo”, el “yo” (ego).

El alma debe aprovechar este gozo para prepararse en la oración, como hicieron los apóstoles, para recibir el Espíritu Santo. Es el momento en que el alma debe unirse íntimamente a Cristo permaneciendo en silencio y oración acompañada de la Madre que el mismo Cristo le dio, para que Ellos la preparen a recibir el Espíritu Santo y recibéndole nada ni nadie podrá quitar su alegría y su gozo.

Muchas almas, al sentir este gozo que se les da a probar con la presencia de Jesús glorificado, como lo vieron Pedro, Santiago y Juan en la Transfiguración en el monte Tabor, se creen que ya están en condiciones de predicar y enseñar como quien tiene una experiencia, porque creen que poseen a Cristo. Y aquel “gozo” y “alegría” de los primeros impulsos pasa muy pronto. Y ellas siguen engañadas creyendo que viven en la Cruz de Cristo cuando han dejado de ver a Jesús glorificado, y en lo que están es en una cruz fabricada por ellas mismas. Porque no supieron recogerse en el Cenáculo y esperar al Espíritu Santo, que les enseñaría todas las cosas. *“Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo.”* (Jn. 16, 24.)

No debe el alma apegarse al “gozo” sino aprovechar aquella invitación que le ha hecho el Espíritu al presentarle a Jesús Resucitado para descansar en su Corazón uniéndose más a El por el amor, pidiendo al Padre en su nombre que envíe el Espíritu

Santo, el Consolador, para que le “enseñe todo” y la dirija en aquel nuevo camino: *“El Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho”*. (Jn. 14, 26.)

Es el momento en que el alma debe hacer su confesión de fe como la hizo Pedro:

“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Sí, Señor, tú sabes que te amo”. (Jn. 21, 15.)

No una, sino tres veces fue preguntado Pedro sobre lo mismo. Y a la tercera pregunta, contesta: *“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”*. (Jn. 21, 17.)

El alma sabe que debe ser sincera, que no puede engañar a Dios, porque El “lo sabe todo”. *“Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejecas, extenderás tus manos y otro te ceñirá, y te llevará adonde no quieras.”* (Jn. 21, 18.)

Las obras serán las que confirmen aquel amor que ha confesado, como lo hizo Pedro: renuncia de la propia voluntad para cumplir la Voluntad de Dios. *“Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por quien ama.”* (Jn. 15, 13.)

Todo aquel que no se decide a dar muerte al “yo” (ego), el “hombre viejo”, ni siquiera ama su alma porque la somete a una eterna esclavitud. No se cumple el primer mandamiento: *“Amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”*. (Lc. 10, 27.)

Se aman todas las cosas antes que a Dios y se esclaviza al prójimo como a uno mismo; como esclaviza su alma esclaviza el alma del prójimo, dando preponderancia a su “hombre viejo”, Y se hacen esclavos también unos de otros. Esta es la esclavitud al “espíritu del mundo” que solemos llamar “deberes de sociedad” o “deberes sociales”, etc.

XI

*Ahora tu Guía se empieza a descubrir;
te ha dado a gustar su gozo,
pero no está en el “gozo” tu reposo,
sino en Aquel a quien te lleva.
Si te quedas en el gusto del gozo
no olvides que perderás el “reposo”,
te invita a seguir, eres libre de seguirle o no.*

A medida que el alma se une al Hijo por la oración, que es la comunicación con su Espíritu, éste empieza a manifestársele en forma más clara y el alma comienza a descubrir su acción, despertándose en ella verdaderas ansias de ser más fiel aún a aquella “voz” que en su conciencia percibía. Ahora se da cuenta de que esa “voz” es la voz de Aquel que le fue “mostrado”, Jesús, y sabe hacia dónde la lleva, porque empieza a reconocer a su Creador y conoce que sólo en El está su reposo.

El Espíritu le da a conocer el TODO y su “nada”: el alma empieza a descubrir sus faltas y pecados con mayor claridad, a reconocer su impotencia y la Omnipotencia de Dios. Se da cuenta también de que el camino para llegar a El no es tan fácil como creyó al principio del gozo, y que a muchas cosas tendrá que renunciar para ver nacer en ella esa “nueva criatura”.

Ahora el alma debe cooperar *conscientemente* con la gracia que recibió en el bautismo de penitencia para que crezca en ella Cristo: *“Preciso es que El crezca y yo mengüe”*. (Jn. 3, 30.)

Este es el momento más importante en la vida espiritual y muchas almas se quedan paradas aquí sin entrar en la Cruz donde encontrarían su redención: liberación del “yo” (ego), la “muerte” del “hombre viejo” y la resurrección de Cristo, el “hombre nuevo”.

Se engañan creyendo que han “gustado” la Cruz de Cristo en los sufrimientos pasados, cuando ni siquiera la han mirado todavía. Y quieren vivir con Cristo Resucitado sin haber entrado en la Cruz del Crucificado.

¡Vana ilusión! Si no entran en esta vida tendrán que entrar en la otra, por el “purgatorio” (estado de purificación) si están en estado de salvación y no es que hayan rechazado al Redentor, la “Cruz”, *conscientemente*. O por el “infierno” (estado de endurecimiento), para siempre, si *conscientemente* han elegido el “espíritu del mundo” desechando el Espíritu de Jesús, que supone la Cruz y el sacrificio.

Este es el Getsemaní del alma: rechaza el cáliz o lo acepta. Que es lo mismo que rechazar o aceptar su propia redención. Pues el alma no es redimida de sus pecados hasta que no participa *realmente* en la Vida del Redentor.

Jesucristo nos redimió a todos, sí, porque pagó a la Justicia Divina el precio de nuestro rescate, éramos esclavos del Mal y por Cristo hemos sido libertados. Con el bautismo recibimos la gracia de quedar limpios de esa secuela de nuestra esclavitud. Pero siendo libres podemos caer de nuevo en el pecado, éstos son nuestros pecados particulares, los cuales nos son perdonados por medio de los Sacramentos, pero no seremos purificados de ellos hasta que no hagamos realidad ese cambio de vida y al reconocer nuestros pecados y determinarnos a cambiar de vida nos identifiquemos con Cristo, nuestra “nueva vida”.

Nuestra redención particular está abierta en Cristo, esa es la

“puerta estrecha”, las almas *libremente* deben entrar por ella, si quieren gozar del Reino de Dios. No existe otra entrada. Así como es Cristo, la luz del mundo, ese espíritu de luz que recibimos al nacer, nuestro Camino, es también la puerta para llegar al Padre. Lo dijo el mismo Jesús: “*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que Atendrá luz de vida*” (Jn. 8, 12). “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.*” (Jn. 14, 6.) “*Yo soy el Buen Pastor. . .*” (Jn. 10, 11.) “*Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará...*” (Jn. 10, 9.) “*Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuan pocos los que dan con ella!* (Mt. 7, 13-14.)

Y dice también el Señor: “*Nadie viene a Mí si el Padre no le trae*”. (Jn. 6, 14.)

Es el Padre quien “atrae” al alma para que entre en el Redentor y sea redimida. El la invita presentándole el “cáliz” de su justicia, el alma es libre de aceptarlo, como Jesús, sometién dose a la Voluntad del Padre, o rechazarlo permaneciendo en su propia voluntad. Que sería rechazar el Espíritu de Jesús para elegir el “espíritu del mundo”. Es situarse abiertamente en terreno del “enemigo”. Situación peligrosísima. Sólo ‘Dios sabe el grado de responsabilidad que tiene el alma en esta elección y de ello depende su salvación, pasando por el purgatorio, o su condenación, *permaneciendo* en el infierno.

¡ Oh, si las almas tomaran en serio estas cosas cuántos sufrimientos se evitarían! Se contempla la Redención, pero no nos decidimos a “*entrar*” en el Redentor.

“Si hemos muerto con Cristo, *también viviremos con El; pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya*

no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre El. Porque, muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios. Así, pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.” (Rom. 6, 8.) “Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” (Col. 3, 3.)

Esto es “entrar” en el Redentor: estar muertos a nuestra propia voluntad y nuestra vida “escondida” con Cristo en la Voluntad del Padre, apurando con alegría el cáliz de su Justicia.

Dice San Pablo en los Hechos de los Apóstoles:

“Ahora, encadenado por el Espíritu, voy hacia Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá, sino que en todas las ciudades el Espíritu me advierte, diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones. Pero yo no hago ninguna estima de mi vida con tal de acabar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, de anunciar el Evangelio de la gracia de Dios.” (Hech. 20. 22-24.)

XII

*El hacia la Cruz te conduce,
pero tú misma la has de elegir,
pues esa Cruz es “muerte” y “Vida”,
Vida de Dios, que con la muerte del “yo”
irás adquiriendo.*

*Si te decides a entrar en la Cruz,
a “morir” debes decidirte también
y esto libremente se ha de hacer;
tu vida por la Vida de El,
como El por ti dio su vida
para darte la Vida.*

Si el alma acepta el cáliz y se decide por la Voluntad de Dios renunciando a la propia voluntad: “Hágase tu Voluntad y no la mía”, el Espíritu la conduce hacia la Cruz que dispone la Justicia Divina.

De la docilidad del alma depende el peso de esa cruz. Cuanto más se rebele más pesada le será y se prolongará su “agonía”. Ella, el alma, debe ser como oveja que se deja conducir al matadero sin abrir la boca, imitando a su Maestro y Señor.

Después de aceptar el cáliz, emprenderá el camino hacia el Calvario, será entregada en manos de sus “verdugos” los que darán muerte al “hombre viejo”, ella con Jesús recorrerá el camino de la Voluntad del Padre, y con El todo le será fácil y hasta delicioso.

Bajo la espada de la Justicia Divina está ella con todos sus

bienes, honra, fama, nombre, afectos, comodidades, bienes materiales, etc. y la propia vida.

Empieza con el fracaso de su vida pública. Todo se vuelve contra ella.... Pero es feliz, muy feliz, porque a sus espaldas ha quedado todo eso al fijar su mirada en Dios solo, y no cambiaría ni una sola hebra de sus cabellos por todos los tesoros, afectos y reinos de este mundo.

La Justicia de Dios ha empezado a actuar y no se detendrá hasta conformarla con el Hijo: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. El alma entrega su espíritu al Padre para vivir de solo Espíritu Santo.

XIII

*Si eliges la Cruz, déjate clavar en ella:
“Mi comida es hacer la Voluntad
de Aquel que me envió”.
No pruebes otra “comida”,
porque sólo en ella tu fortaleza
para aceptar la “muerte”
que te dará una nueva vida.
Entonces conocerás a Aquél que fue tu camino,
porque tú en El serás movida
y vivirás en comunión perfecta
con el Padre y el Hijo
en su mismo Espíritu,
ese Vehículo que fue*

Si el alma se deja clavar en la Cruz de la Voluntad de Dios, renunciando cada instante a la propia voluntad, sentirá una gran fortaleza y hasta gozo en el dolor.

A medida de su fidelidad irá muriendo realmente todo deseo propio y sentirá aquel gozo indescriptible de una verdadera libertad de espíritu.

Nada de este mundo podrá ya apartarla de su Creador. Su unión con Jesucristo Crucificado es tan íntima y real, que participa de sus mismos sentimientos y deseos, “*Mi comida es hacer la Voluntad de Aquel que me envió*”. (Jn. 4, 34.) Para ella no hay otro manjar, sólo éste sacia su “hambre” de felicidad. Hasta en su cuerpo siente los dolores de la Pasión de Cristo y vive su agonía, por la salvación de las almas. Esto

es para ella el mejor regalo y su fortaleza, que la llevarán a poder decir con Cristo: *“Todo se ha consumado”*. (Jn. 19, 30.)

Porque cumplirá Cristo en ella la misión que le fue encomendada por el Padre.

¡ Oh, si las almas todas se dieran cuenta de esto y se entregaran de verdad aceptando el cáliz que disponga la Justicia del Padre, el cielo estaría ya en la tierra porque el cielo es Dios y El viviría en todas las almas! ¡Venga, Señor, tu Reino!

*“Alabad a Yahvé, cantad a su nombre,
pregonad sus obras en medio de los pueblos,
proclamad que su nombre es sublime.
Cantad a Yahvé, que hace cosas grandes,
que lo sepa la tierra toda.
¡Exultad, jubilad, moradores de Sión,
porque, grande es en medio de vosotros
el Santo de Israel!”*
(Is. 12, 4-6.)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	10
I Desde que el alma viene a este mundo todos sus pasos van dirigidos a la busca de la felicidad perdida	47
II Dios tiene un “vehículo” para conducir al alma en su retorno a esa felicidad	53
III El alma se deja atraer por el espíritu del bien obedeciendo a la voz de su conciencia	55
IV El alma no trate de juzgar el proceder del espíritu que la mueve a través de su conciencia, porque jamás acertará	57
V El alma se halla en una posición forzada donde no hallará descanso ni consuelo, y será como terreno árido del desierto. Piense que está en período de prueba y de su paciencia, confianza y resignación depende el salir pronto de esa posición	67
VI El alma no debe analizar la situación en que se encuentra, tratando de descubrir el porqué y cómo está así. Lo importante para el alma debe ser la fidelidad al bien y a la verdad procediendo siempre por “conciencia”, no proceder por “conveniencia” jamás	71

VII	El alma nada puede ver, porque escondida la lleva aquel espíritu, que es su “luz”, para que los peligros de la vida no la puedan atraer y a la “tierra” de purificación pueda llevarla él	77
VI	El espíritu de luz que la dirige al alma prepara su corazón para que en él pueda descansar Dios	85
IX	El mismo espíritu de luz y bien, que le ha dirigido al alma por medio de su conciencia, la lleva al Crucificado. . . y con Cristo y en Cristo es redimida el alma, liberada de sí misma	101
X	Se le muestra al alma la imagen de la “nueva creatura”: Cristo Resucitado	107
XI	El alma se da cuenta de que la “voz” de su conciencia es la voz de Aquel que le fue “mostrado”, Jesús, y sabe hacia dónde la lleva, porque empieza a reconocer a su Creador y conoce que sólo en él está su reposo	113
XII	Si el alma acepta el cáliz y se decide por la Voluntad de Dios renunciando a la propia voluntad: “Hágase tu Voluntad y no la mía”, el Espíritu la conduce hacia la cruz, que dispone la Justicia Divina	121
XIII	Si el alma se deja clavar en la cruz de la Voluntad de Dios, renunciando cada instante a la propia voluntad, sentirá una gran fortaleza y hasta gozo en el dolor	125